

como Pisa, que el turismo no quiere conocer, estas poblaciones que viven de sus recuerdos, que adoran sus reliquias, que tienen nobleza de alma y de propósito, guardan, para quien descubre sus secretos, un encanto singular. Viven en quietud provinciana, acaso con la misma conciencia y el soñar de hace siglos; el afán y la esperanza de nuestros días no logran agitarlas, conocen tarde y con dificultad los progresos de la civilización, los reciben con displicencia, los adoptan sin convencimiento. Dijérase que el pesimismo incurable las aniquila y las vence. No tienen la neurasténica coquetería de Venecia, ni la masculina atracción de las ciudades castellanas, ni como Roma, Nápoles o Milán, viven de ilusión persistente y de trabajo renovado. Saben que todo esfuerzo que hicieren no les devolvería la antigua grandeza y el viejo prestigio; por eso perduran, envueltas en sí mismas, sin atraer al viajero, amuralladas por su orgullo y protegidas por su desdén.

Parece que ayer, no más, cayeron en desgracia. Cuando recorréis sus calles angostas y solitarias, cuando pasáis por una plaza de tranquilidad mortal o si golpeáis a la puerta de un sombrío palacio, creeréis revivir el pasado y sentiréis una extraña emoción. Todo es viejo en ellas. Los siglos no han agregado nada a su gloria; no hay una piedra nueva, no hay un bronce recién fundido.

Así es Pisa, como Siena, Mantua o Ferrara. Si aquélla no tuviera su torre pendiente, el mundo no la nombraría. Ni su Baptisterio, ni su Camposanto, ni su Catedral, le hubieran dado prestigio cosmopolita y hoy por viajero alguno sería visitada. Yo mismo por tonto contagio la hubiera excluido de mi itinerario, si una insinuación no me recomendara el prado de las cuatro bellezas.

En el tren que saliera de Florencia, Fabricio Grani, —joven poeta italiano

cuya adolescencia inspirada hace presumir el varón estético que será en el futuro, —me había dicho con amoroso entusiasmo:

—Si es usted amante de las emociones hondas y delicadas visite en Pisa el prado de las cuatro bellezas, como debe llamarse al prado que separa el Cementerio de la Catedral y la torre del Baptisterio. Créame usted, es un espectáculo.

Y el poeta adolescente se ofreció para guiarme en la jira.

—Aunque yo haya nacido en Luca, adoro Pisa. Estudié en su Universidad y soñé en su prado, donde las cuatro bellezas, al decir de Taine, «reposan silenciosamente como divinas criaturas muertas».

Fabricio Grani, desviando su ruta, amigos como éramos de esa amistad que nace de la primera mirada, me invitó a visitarlas ese mismo día.

—Si perdemos esta ocasión, me dijo, acaso no nos encontremos otra vez en el mundo y una amistad no debe apagarse, al nacer, por culpa del destino.

Había corrido el tren varios kilómetros por los campos de Toscana, de ondulación suave y femenina, cuando la cúpula del *Duomo* se mostró de pronto tras las murallas de la ciudad. El sol de mediodía la iluminaba como una aureola, y a un lado, la blancura de la torre parecía invitar al reposo admirativo. Nuestro ánimo predispuesto hubiera deseado que, apenas descendido del tren, la Catedral nos ofreciera la frescura de su recinto o que el Camposanto nos participara el silencio de sus muros seculares. En cambio, para llegar a ellos, habíamos de cruzar largas calles, monótonas y provinciales. Desde luego se nos mostró una amplia plaza sin carácter, con su inevitable estatua de Víctor Manuel II, como recordando a los italianos retardatarios que la unión de la península no es más que una quimera. Seguimos por el *Corso* y, poco antes de llegar

---

**Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 7 de la última página. Le interesa.**